

Monsieur Le Coucourouch



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual Nº 154552. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

Monsieur Le Coucourouch

Fernando Olavarría Gabler

En un lejano país del Norte, en las cercanías del Polo, vivía un extraño personaje.

Su amplia casa, construida con troncos de los árboles de los bosques de la región, resistía bien, tanto los rigurosos inviernos de nieve y ventiscas como los desolados veranos de ese país.

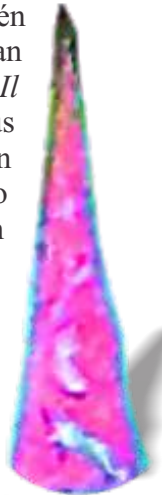
Coucourouch, además de extraño, era misterioso. Vivía solitario haciéndose acompañar solamente por una mujer descendiente de esquimales. Su nombre era Gordachina y tenía el orgullo de ser nieta de un jefe de tribu, de esos que comen cristalinos de ojos de esturión, apreciado manjar que solamente estaba destinado a los jefes.

A pesar de que Gordachina había sido criada con carne cruda de foca y pescado y consumido algas verdes, también crudas, en los veranos árticos, su habilidad para cocinar comida europea era realmente admirable y mantenía un variado menú que satisfacía

plenamente al dueño de casa.

El nombre de Coucourouch era otra incógnita. ¿Quién se lo había puesto? Existían varias teorías. Algunos decían que su origen era italiano y en su país lo nombraban como “*Il Signore del Cucuruccio*”, pero la realidad era que, en sus ratos de profunda meditación, Coucourouch se encerraba en una amplia sala situada en un extremo de la casa, y, rodeado de libros, probetas, matraces y otros raros instrumentos con líquidos burbujeantes, permanecía allí días enteros con sus noches, meditando con un bonete cónico y rosado sobre su cabeza. Había lunas, cometas y estrellas pintadas en este llamativo bonete o cucurucho.

Se decía que el bonete tenía poderes mágicos y Gordachina comentaba en el pueblo, cuando iba de compras una vez al mes, que con ese cucurucho su amo



había paralizado a toda la corte del Emperador del Japón y también a la del Emperador de la China cuando éste aún existía.

Según las normas de la Corte, en aquellos lejanos tiempos, todo aquel que visitaba al Emperador debía entrar postrado con pies y manos en el suelo, como un perrito, y cuando terminaba la entrevista, retroceder en igual posición sin darle jamás la espalda al Emperador.

El que no procedía así, era hombre muerto.

Monsieur le Coucourouch había llegado caminando (y no arrastrándose), a visitar a dichos divinos personajes y al advertirle los guerreros que debía postrarse en el suelo, Coucourouch no había hecho el menor caso, entonces al abalanzarse los guardias hacia él para partirlo en mil pedazos, Coucourouch había accedido a hacer solamente una venia, una ligera inclinación de cabeza, y de la punta del bonete había partido un límpido, rosado y transparente rayo que había paralizado a todos los cortesanos al recibirlo en sus ropajes y

armaduras. Al tocar el rayo al Emperador éste había empezado a sufrir de inmediato incontenibles cosquillas que lo hacían dar gritos de risa. Era tan mortificante todo eso que el Emperador clamaba revolcándose en su amplio trono que no lo hicieran reír más.

Coucourouch exigió que le perdonaran la vida y también muchas riquezas que repartió entre los pobres. Porque, díganme ustedes ¿No es uno de los placeres más grandes en este mundo el de repartir grandes riquezas entre los pobres?

Otra versión de su nombre era, que Coucourouch tenía un gallo en el corral de su casa y cuando salía el Sol cada seis meses, el gallo volaba a la punta del tejado donde había un hierro en forma de T. Se posaba allí y anunciaba el invierno o el verano con un canto que no era el habitual. No era un qui quiriqiii sonoro ni un cock a doodleoo! , sino un agrio ruido parecido a ¡Cou Cou Cou Courourouch!

Probablemente como no cantaba sino dos veces al año, se le

acumulaba secreción en la garganta y su canto era bastante ronco, catarral, agravado por las inclemencias del tiempo.

Sí, las inclemencias del tiempo, porque en esos parajes el tiempo no era clemente. Desapareció el gallo (no sé si Gordachina lo transformó en cazuela de gallo). El hecho es que no llegó el invierno. Se secaron los bosques vecinos y la tundra parecía yesca. Hubo numerosos incendios y los animales salvajes emigraron más al norte o fallecieron. Había una desolación total. Murieron los gatos y los perros por el calor y la sed. Ya nadie viajaba en trineos porque no había nieve ni perros que los tiraran. Entonces una muchedumbre se reunió frente a la casa de Coucourouch y le solicitaron que le diera una solución a esta sequía.

Coucourouch se asomó por una de las ventanas del segundo piso y les dijo que le trajeran cuanto reloj hubiese por el pueblo. Llegaron con relojes de todo tipo y tamaño y fueron instalados en las



paredes de los aposentos de la casa. Los que no colgaban, estaban repartidos sobre los muebles y hasta en el suelo.

-Pónganlos todos a la misma hora - ordenó Coucourouch - y todos fueron puestos a las 12:00, aunque no eran las 12:00 del día ni de la noche.

Y los relojes empezaron a funcionar. Eran cientos con sus diversos tic-tac, o clic-cloc, tac-tac y tú-tú o pop-pop-pop. ¿Se imaginan ustedes todos estos ruidos mezclados de relojes llevando cada uno un diferente compás? ¿Los pueden escuchar? *Tac, pop, clic, tu, ti, ti, ti, ti cloc, pop, tac*, etcétera. ¡Inconcebible! Podríamos decir: ¡Magnífico! Afuera, un viento caliente levantaba nubes de polvo seco. Polvo de enfermedad y muerte. De destrucción y olvido.

Entonces pasó una hora y todos los relojes que tenían campana dieron la una y siguieron con sus ruidos, pero estos diversos ruidos de sus engranajes se transformaron en otro ruido peculiar, en un ruido de

gotas de agua. Se oían gotas de lluvia que caían del techo y empezaron a gotear los cielos de los aposentos, mojaban el suelo, salpicaban todo y formaban pequeñas pozas que iban en aumento.

Gordachina abrió las ventanas y las puertas de la casa y las gotas salieron como una manga de lluvia que se expandió por toda la región, de un horizonte a otro. Se formaron nubes y tronó allá arriba en el cielo. Una intensa y saludable lluvia cayó sobre el pueblo y todo el territorio. La gente comenzó a bailar al aire libre dando gritos de gozo.

El pueblo, precedido por el Alcalde, llegó a casa de Coucourouch para agradecerle en un vibrante discurso este gesto considerado como de magia; pero Coucourouch, asomado en la ventana de su laboratorio respondió que no merecía el discurso ni los agradecimientos y ordenó que se llevaran los relojes a sus respectivos hogares.

Se llevaron los relojes de vuelta y siguió lloviendo en forma intermitente y a ratos salía el Sol, ardiente, y toda esa vasta región cambió de aspecto. El clima ártico se transformó en tropical, modificando en tal forma el modo de vida de la población, que los niños se bañaban largo tiempo en los ríos y lagunas y comían frutas tropicales de árboles que habían brotado, quizás cómo, en las estepas.

La única descontenta de todo esto era Gordachina que no soportaba el calor y pensaba seriamente abandonar a su amo e irse a vivir al Polo Norte, donde en su niñez, su abuelo cazaba focas y osos polares.

La gente ya no se esforzaba para sobrevivir en un ambiente inhóspito. Se conversaba largas horas en la taberna del pueblo y los niños tenían mucho tiempo disponible para jugar, no con sus trineos en la nieve, sino para corretear por los campos floridos y recoger sabrosas frutas que comían en el acto.

De vez en cuando se reunían en la casa de Coucourouch y le pedían que les contara un cuento.

El mago (Coucourouch no era más ni menos que un gran mago) sonreía complacido, porque una de las cosas que le agradaba en la vida era saborear los exquisitos platos de comida europea que le servía el ama de llaves Gordachina, y contarle cuentos a los niños. En esas tardes pseudo tropicales les contó varios cuentos. ¿Quieren ustedes escuchar alguno de ellos? Pues bien, yo estuve allí. Sentado en un rincón, con un bloc sobre mis muslos, escribí y tomé nota de varios y aunque no fueron transcritos con exactitud, pude rescatar uno que otro y con gusto se los puedo entregar. Si mi memoria no me falla, sus títulos eran: *Marietta*, *Un regalo para la Princesita*, *La Fiesta de la Cebolla*, *La Misteriosa casa de Under*, y otros más que no recuerdo, pero ya me acordaré y trataré de transcribirlos.

Fin

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina